

## Josemaría Escrivá, hombre de contrastes

*Pilar Urbano*  
*Escritora, España*

Cuando afronté la biografía de Josemaría Escrivá de Balaguer<sup>1</sup>, mi inquietante pregunta interior era si habría o no habría ‘hombre’; si, no disponiendo del personaje en vivo, tendría que vérmelas con archivos oceánicos de papel disecado y testimonios abstractos sin escenario ni acción. Ése era mi temor: encararme a un héroe de la virtud, muy elevado y sublime pero sin encarnadura.

A medida que exploraba, escena tras escena iba saliéndome al paso un protagonista de carne y hueso. Ciertamente, estaba ante un héroe cristiano; pero un héroe sin epopeya y sin aureola: un héroe de la cotidianidad, de lo común y corriente, de ‘lo tan real, hoy lunes’. Un héroe todoterreno. En cierto momento, incluso, creí estar simplemente ante un cura. Así lo decía él mismo al doctor Hruska, su dentista, cuando trajinando en sus maltrechas muelas le instaba «monsignore, quéjese, dígame si le hago daño»: «¡Haga, haga lo que necesite! No se preocupe por mí. ¡Yo sólo soy... un cura!».

Un cura sin parroquia, pero con feligresía por todo el planeta. Un cura chapado a la antigua quizá, con las devociones tradicionales de nuestros abuelos; pero tan anticipativo que, cuando expuso su doctrina en el Vaticano, le dijeron «llega usted con cien años de adelanto». Un cura bienhumorado que llamaba a su sotana «esta funda de paraguas»; pero que cada mañana, al ir a ponérsela, la besaba. Un clérigo que se movía con más soltura por las calles de Madrid, de Roma o de Londres que entre rancias penumbras de sacristía. Un clérigo que, consciente

---

<sup>1</sup> Me refiero a *El hombre de Villa Tevere*, biografía de Josemaría Escrivá de Balaguer, publicada en 1994, de la que soy autora. Muchos de los sucesos y frases que utilizo en esta comunicación proceden de ese libro. Remitiré directamente a él citando las páginas que contienen los relatos completos y las notas indicativas de fuentes, archivos, documentos, testimonios, etc.

de su ciudadanía civil, demandaba sus derechos con el aplomo de quien cumple sus deberes. Un clérigo paradójico que se definía ‘anticlerical’... por instinto de amor a la Iglesia.

No necesité romper ninguna estatua para tocar la humanidad del personaje que encaraba: Un sacerdote que lo mismo se estremecía al consagrar el pan y el vino que al recibir noticias de la invasión soviética de Checoslovaquia. Un hombre que firmaba al pie de sus cartas *el pecador Josemaría* y que, leyendo el periódico, lloraba por los pecados del mundo. Un buen pecador, pues. Alguien que se sabía herramienta deleznable —pero herramienta elegida y utilizada por Dios— para acometer una obra que le sobrepasaba. Alguien puesto en una escarpada disyuntiva: o era un santo, o era una rémora para su misión. Y a partir de ahí, una ‘determinada determinación’ de que nada desviase su imparable impulso: hacer el Opus Dei y enloquecer de amor a Dios. Ése era mi personaje. Un santo. Un santo con sangre en las venas. Un hombre: tierra sagrada de miserias y de misterios. Un removedor de obstáculos. Un luchador en pie de guerra contra sí mismo. Un formidable mestizaje de barro y de gracia.

Ahora bien, el hallazgo más inesperado fueron los contrastes. Cada vez que puse sobre mi escritorio una anécdota, una frase, una escena de la vida de Escrivá, supe que tenía delante los bornes terminales de unos hilos conductores: allí había una carga de electricidad... Su talante, sus virtudes, sus actitudes vitales aparecían siempre en tándem de valores contrapuestos que, lejos de neutralizarse, generaban una tensión dinámica, o se enriquecían entre sí con gamas de matices, tornasoles, luces y sombras. El Escrivá brioso y emprendedor era a la vez un Escrivá enfermo en quien el alma tenía que tirar del cuerpo al final del día. El Escrivá alegre, bromista y con la canción a flor de labios era también el Escrivá asceta, mortificado y ayunador. El Escrivá que desarrollaba extenuantes jornadas de viajes sin un minuto de holganza, y para quien descansar significaba ‘trabajar en otra cosa’, era un Escrivá sin planning y sin reloj: «mi planning está en las manos de Dios»; «no necesito reloj: detrás de una cosa viene otra»; «no tengo tiempo de pensar en mí». El Escrivá que subía a predicar a los escenarios, y cuyo magnetismo percutía y arrastraba muchedumbres, era el mismo Escrivá empeñado en su propio eclipse: «ocultarme y desaparecer, eso es lo mío: que sólo Jesús se luzca»<sup>2</sup>.

Los contrastes que he observado en Josemaría Escrivá no se contrarrestan sino que cada uno realza a su valor opuesto y da garantía de él. En el plano moral, vienen a ser lo que la piedra de toque del platero: el jaspe que imprime sobre el buen metal una seña —un ‘contraste’— como aval de su nobleza. En Escrivá,

<sup>2</sup> P. URBANO, *El hombre de...*, pp. 100, 329, 346, 347 y 459.

cada contraste autentifica la *buena ley* de una virtud. Así, no es la ausencia de lágrimas, sino la sonrisa abriéndose paso entre las lágrimas, lo que da fe de un sufrimiento asumido por amor. Igual que lo que permite hablar de la pobreza buscada como virtud no es el sobrellevar una situación de penuria, sino el rasgo pródigo con aquel otro que carece todavía más; rehusar lo superfluo o privarse de lo necesario, aun teniéndolo a mano.

No es éste el ámbito para relatar con viveza el caudal de episodios —constantemente testificados— en los que se ve a Escrivá, en privado o en público, encarnando un sinfín de pares de contrastes virtuosos; pero sí mencionaré algunos ilustrativos:

La revolucionaria novedad del Opus Dei, que no inventa nada: como toda revolución, vuelve a los orígenes; y en esa pristinidad redescubre de modo radical que todo hombre, por el hecho de haber nacido, está diseñado para la santidad; y que son los cristianos quienes tienen la energía —¡el Espíritu!— para animar desde dentro la sociedad civil, estableciendo *la ciudad de Dios en la ciudad de los hombres*. Y ése es el sentido cabal de la Historia.

La vida de Escrivá, como apuesta de esperanza. Su siembra feraz —también todoterreno y a voleo— con ubérrimas cosechas de vocaciones. Y su fatigosa caminata jurídica, hallando lo que no busca y buscando lo que no halla. No lo halla pero sabe que existe. Muy temprano, en 1929, ya vio la fórmula idónea para el Opus Dei<sup>3</sup>. Sin embargo, han de pasar cuarenta años hasta que la Iglesia decida habilitarla. En ese tiempo, Escrivá no se cruza de brazos. De sol a sol, se embebe en una tarea árdua porque hay que desbrozar caminos no transitados desde hace diecisiete siglos: las avenidas por donde los laicos, *the ordinary people*, puedan llegar a ser de verdad ‘gente santa, pueblo sacerdotal’. El esfuerzo exige también muñeca de precisión: ni de lejos ha de parecer que pleitea con la Santa Sede. Con todo, siendo Escrivá de esos constructores que no se conforman con cubrir aguas, sino que rematan poniendo la última piedra, morirá sin ver la Obra erigida en Prelatura.

Fijémonos en esos dos bornes contrarios: urgencia y paciencia. Con la intrépida seguridad de quien secunda una real gana de Dios, Escrivá —enfermo y grave— no vacila en embarcarse en el J.J. Sister, para ir a Roma a exponer su reclamo ante el Papa. Una vez allí, se mueve, gestiona, estudia, trabaja... Sobre todo, reza. Llama a las puertas donde deben oírle. Guarda antecámaras hasta perder la noción del tiempo. Pero «no están hechos los caminos... los haréis vosotros al ritmo de vuestras pisadas». Escrivá es un ejecutivo dinámico, con golpe de vista

<sup>3</sup> A. DE FUENMAYOR, V. GOMEZ-IGLESIAS y J.L. ILLANES, *El itinerario jurídico del Opus Dei*, Pamplona, 1989, p. 335, n. 106. Registro Histórico del Fundador, EF 620308t-1.

rápido, ágil en la toma de decisión; sin embargo, la obra que lleva entre manos — precisamente porque no es suya— no le permite transar a la baja, ni acomodarse a lo fácil de conseguir. Forcejea, arguye, persuade... Entre tanto, se curte en la espera y adquiere una larga aptitud para la paciencia. Él no tiene prisa. Él tiene urgencia. Pero «lo urgente puede esperar; y, si lo urgente es importante, debe esperar». Justo en ese compás está la clave de su prudencia. «Hace años —dirá en cierta ocasión— yo hubiese roto el nudo gordiano partiéndolo con una espada. Ahora, prefiero deshacerlo hilo a hilo. Y al final, me encuentro que tengo una buena cuerda nueva»<sup>4</sup>. Así es también en su trato con las personas: «Las almas como el vino maduran con el tiempo. Yo he aprendido a esperar... ¡y no es poca ciencia!»<sup>5</sup>.

Otro contraste que antes señalé: prodigalidad y pobreza. Escrivá ha de poner casa en Roma, sin lujos ni boatos, incluso sin confort, pero casa grande, capaz de durar siglos y de prestar al Opus Dei su adecuada dignidad. Dinero no tendrá nunca, aunque con una fe descomunal jamás dejará de hacer lo que la irradiación del Opus Dei pida en cada momento: «se gasta lo que se deba, aunque se deba lo que se gaste». Por supuesto, busca muebles y ajuar en almonedas y ropavejeros. Todos se aprietan el cinturón: sin tabaco, sin vino, sin café, sin calefacción, desplazándose a pie por la ciudad, evitando luces innecesarias... Eso sí, a los obreros se les paga su salario cada sábado inexorablemente.

Escrivá experimenta desde bien joven ese tirón de Dios que le lleva a buscar libremente la pobreza personal —no como un status social para el Opus Dei—, como desasimiento de la quincalla de bienes materiales y como liberación de la pesantez del yo. En 1938, tiempo de guerra y de escasez, cuando muchos días ha de elegir entre malcomer o malcenar, irrumpen en su mente como un fogonazo las palabras del salmo LIV *iacta super Dominum curam tuam et ipse te enutriet*. En ese instante, careciendo de todo, arroja en Dios su preocupación y renuncia de por vida a lo único que puede obtener: nunca cobrará estipendios por celebrar misas, por predicar, por ejercer como cura. ‘Fe de suicida’ diría cualquiera; pero él sabe que quien está al otro lado del mostrador es su Padre: un padrazo que no se dejará ganar la mano en generosidad.

«No tenía nada —declaró una testigo de sus primeras andanzas de apostolado—: la ropa puesta, un tintero con agua bendita y la navaja de afeitarse»<sup>6</sup>. Y así vivirá siempre, ‘ligero de equipaje’: sin reloj, sin estilográfica, sin un retrato de sus padres en la cartera o en la habitación, sin quedarse uno solo de los tantos rega-

<sup>4</sup> Relato oral de doña Mercedes Morado García.

<sup>5</sup> Cfr. P. URBANO, *El hombre de...*, pp. 17-19, 28, 30 y 219.

<sup>6</sup> *Artículos del Postulador*, n. 1077. Testimonio de la religiosa Regina Quiroga.

los que reciba. Mucha higiene de agua clara y... una sotana nueva para salir a la calle y otra vieja de andar por casa, parcheada y remendada «con más bordados que un mantón de Manila». A su muerte, bastaron cinco minutos para vaciar su armario<sup>7</sup>.

Contrapunto: cuanto a sí mismo se negaba, abría el bolsillo por los demás. Un ejemplo al azar: En las navidades de 1943 envía a los carmelitas de El Parral —Segovia— un aguinaldo de quinientas pesetas “para turrónes”. En aquellos años de posguerra española esa cantidad no era desdeñable; y menos para él, endeudado hasta las cejas por rehacer en Madrid la residencia de estudiantes que los bombardeos habían reducido a escombros.

Distingue entre ahorro y tacañería: En unos almacenes de Como hay saldos de ropa. Anima a Alvaro del Portillo a aprovechar esas rebajas: cuatro camisetas por tres mil liras. Mientras, pide a Javier Echevarría que compre unos dulces para las mujeres de la Obra que están esos días en Como. Al verle regresar de la pastelería con un diminuto paquete, se chancea de él: «¡Javi, hijo mío, no te habrás arruinado! Tus hermanas van a pensar que eres *más agarrao que un chotis*... La próxima vez, sé un poco más rumboso»<sup>8</sup>.

En este renglón el anecdotario es inagotable. Una mañana, en Roma, después de haberle extraído sangre, entra con Alvaro del Portillo a desayunar en un bar de Piazza Esedra. Se acerca una mendiga y le pide limosna. Escrivá, como no lleva dinero, le cede el *cappuccino* y el bollo que acaban de servirle. Los del bar tienen un buen gesto: «Padre, bébase su *cappuccino*. La casa ofrece otro a esta mujer». Escrivá zanja el episodio con tozuda resolución: «Muchas gracias... pero yo ya he desayunado»<sup>9</sup>. Para un diabético, ésa es una decisión de alto riesgo. ¿Por qué lo hace? Porque... más allá de la largueza, mientras haya pobres, él quiere ser pobre. Él quiere ser Cristo.

Por estrecheces financieras, las obras de la sede central del Opus Dei —Villa Tevere— duran más de diez años. No obstante, viven allí desde 1949 compartiendo el quehacer de la jornada con los andamios, las excavadoras, el polvo, el ruidoso ajeteo de albañiles, fontaneros, electricistas... Hasta 1964 no quedan listos algunos detalles menores: por ejemplo, las colchas. Como hay más de doscientas camas, se establece un plan gradual. Escrivá indica «la mía hacedla cuando ya tengan todos: quiero ser el último». El día que entra en su dormitorio y ve la cama cubierta por una flamante colcha burdeos, exclama con humor: «¡Viva el lujo y quien lo *trujo*! Josemaría, ¡si te has vuelto rico!» Y después: «Treinta y seis

<sup>7</sup> P. URBANO, *El hombre de...*, pp. 311-316, 320-324 y 326.

<sup>8</sup> *Ibidem*, pp. 139 y 426.

<sup>9</sup> *Ibidem*, pp. 50-51.

años tiene la Obra. Pues, en treinta y seis años es la primera vez que tengo colcha. ¡Y no me ha pasado nada por no tenerla!»<sup>10</sup>. En la misma línea, si le regalan vinos o licores buenos, pide que los reserven para obsequiar a sus amigos clérigos que le visitan. En cambio, rechaza para sí ese trato de buena anfitriónía: Un día de 1945, en Bilbao, sentado a la mesa con algunos hijos suyos de la residencia Abando, observa que sacan un vino de calidad. Pregunta si suelen beber esa marca. Como le dicen que no, que es una excepción de agasajo, se levanta de la mesa sin comer. El gesto es tajante: quiere que les quede bien claro que él no es un invitado sino el padre de familia; y que su presencia no es razón para relajar la sobriedad y la pobreza que acostumbran<sup>11</sup>.

Sin embargo, para Dios nada le parece derroche. Desea que los oratorios, los vasos sagrados, los ornamentos, las flores, la harina y el vino de las especies eucarísticas, todo cuanto esté en relación directa con Dios sea óptimo; que le dediquen las materias más nobles y ricas: oro, plata, perlas, gemas preciosas... «¡No seamos nunca roñosos ni tacaños con el Señor!» Pero él celebra su misa diaria con un pobre cáliz de latón dorado. Hojalata. Así se ve él: «Buena forma, buen oro, pero... latón: eso soy yo. Y doy gracias al Señor que me lo hace ver tan claro»<sup>12</sup>.

Otro contraste: El Escrivá tradicional, que —con cierto gancho de ‘retro’ provocación— se autodefine «tomista, paternalista, triunfalista, providencialista»; y que, en momentos de galerna, de desmadre y de pastores amedrentados —*canes muti*— dentro de la Iglesia, hace las maletas y se mete en unas maratónicas giras de catequesis por España, Portugal y Latinoamérica, para declarar ante públicos multitudinarios que las verdades de fe y de moral siguen siendo las de siempre. Y el otro Escrivá —en realidad, el mismo—, anticipativo e innovador, que dos años antes de iniciarse el concilio ecuménico Vaticano II dice sin jactancia a Juan XXIII: «En nuestra Obra, todos los hombres, católicos o no, han encontrado siempre un lugar amable... No he aprendido el ecumenismo de Vuestra Santidad: lo he aprendido del Evangelio». El Escrivá que en sus declaraciones públicas sobre el rol social de la mujer se adelanta más de veinte años a la *Mulieris dignitatem* de Juan Pablo II. El mismo hombre que ha de esperar, soportando miradas incrédulas, hasta que el Vaticano II refrende una a una todas las ‘audacias’ que viene predicando desde 1928: la universalidad de la llamada a la santidad, el valor santificador del trabajo, el apostolado de los laicos, la libertad de los

<sup>10</sup> P. URBANO, *El hombre de...*, p. 254.

<sup>11</sup> Cfr. C. CAVALLERI, *Alvaro del Portillo. Entrevista sobre el Fundador del Opus Dei*, Madrid 1992, p. 202.

<sup>12</sup> P. URBANO, *El hombre de...*, pp. 194-196. Carta manuscrita de monseñor Escrivá de Balaguer a don Florencio Sánchez Bella, 1964.

seglares en toda cuestión temporal, la unidad de vida: que cualquier cosa honesta que haga el hombre —plantar zanahorias, lavarse los dientes, padecer jaqueca, enseñar a leer a un niño, jugar al tenis...— puede ser sustancia de oración. «Vuestra Santidad —comentará Escrivá a Pablo VI— habló hace poco del trabajo santificado y santificador. Pues, hace muchos años, por decir yo eso mismo fui acusado de hereje ante el Santo Oficio»<sup>13</sup>.

El Escrivá que algún diagnóstico miope o apresurado califica de ‘burgués elitista’, desconociendo su ambicioso vuelo vocacional: «estamos hechos para la muchedumbre», «de cien almas nos interesan cien»; y sin advertir el inconformismo ético que le urge a librar «una gran batalla contra la miseria, contra la ignorancia, contra la enfermedad, contra el sufrimiento, contra la más triste de las pobreza: la soledad».

El Escrivá que no se prende en la hojarasca de las antinomias —‘libertad *versus*... ¿qué?’—; va a la raíz: lo que esclaviza al hombre es que le impidan acceder a la verdad. No le duelen prendas al denunciar las políticas de tales y cuales poderosos que mantienen a sus súbditos en la indefensión de la incultura, en la inopia de la desinformación: «¡ése es el peor de los crímenes contra la libertad!». Todavía un paso más: «el mayor enemigo de las almas es la ignorancia... que no es patrimonio de una clase social: ¡se encuentra por todos lados!»<sup>14</sup>.

El Escrivá sacerdotalmente solidario, miembro de una palpitante comunión de los santos, que siente correr en su sangre como su genuina raza: «¡la única raza que existe: la raza de los hijos de Dios!»<sup>15</sup>. Comprometido con todos para servir a todos, para querer a todos. A derecha e izquierda de los definitivamente solos, de los oprimidos, de los débiles, de los equivocados, de los que parecen buenos, de los que parecen malos. Sin excluir a nadie de su abrazo: «Y si me preguntáis si quiero a los comunistas, os diré que ¡también a los comunistas! El comunismo no: es una herejía llena de herejías, un materialismo brutal que lleva a la tiranía. Pero a los comunistas sí, los quiero, porque están muy necesitados»<sup>16</sup>. Él no es anti-nada. El Opus Dei no es anti-nada.

Desde esa amplitud de banda, y pese al estupor y la extrañeza de muchos, decide que las labores docentes que el Opus Dei va a desarrollar en Nairobi sean interraciales: que integren a los residentes blancos británicos, a los nativos africanos y a la colonia india, sin distinguir razas, ni credos, ni estratos sociales. Se adelanta así un puñado de años a los cambios sociopolíticos que acarreará la inde-

<sup>13</sup> Cfr. P. URBANO, *El hombre de...*, pp. 149, 445, 62 y 455.

<sup>14</sup> *Ibidem*, p. 63.

<sup>15</sup> Cfr. Archivo General de la Prelatura y RHF, 21159, p. 928.

<sup>16</sup> Tertulia en Villa Tevere, 4-IX-1967.

pendencia de Kenya —la *harambée*—, que por entonces ni siquiera se vislumbran.

Es el Escrivá voluntariamente desclasado, cuya doctrina social no cede un gramo a la demagogia por contentar a éstos o aquéllos: «No hay que hundir a los que están arriba... ¡pero no es justo que haya familias que estén siempre abajo!»; «tienen que subir los de abajo; los de arriba, si no valen, se caen solos». Ahora bien, «la justicia social no es la lucha de clases que dicen los marxistas: eso es una gran injusticia [...] y no se hace con violencia, ni a tiros, ni formando facciones». Lo dice el mismo hombre que, ya en el Madrid socialcomunista de los años treinta, cuando intentaban ponerle en el brete de optar por los pobres o por los ricos, respondía jocosamente «¡también tienen alma los que no tienen piojos!». Cuando, transcurrido mucho tiempo, resurge en Roma la vieja cuestión, dice a media voz: «¿Iglesia de los pobres...? No hay Iglesia de los pobres, ni Iglesia de los ricos. ¡Todas las almas son pobres!» Después, como si explorase en el abismo del misterio, sigue desgranando muy despacio su pensamiento: «Todas las almas son pobres... pero la Iglesia es rica. Sí. Y su riqueza son los sacramentos. Y su riqueza es la doctrina. Y su riqueza son todos los méritos de Cristo...»<sup>17</sup>.

Otro tándem de cóncavos y convexos: El Escrivá rompedor de fronteras, magnánimo en las iniciativas, acometedor de empresas de envergadura; frente al Escrivá cuidadoso de las pequeñas cosas, en apariencia insignificantes. Y la paradoja: el hombre que no debe dormir, porque tiene grandes sueños que soñar y hacer soñar a otros. Ha de estar bien despierto, para soñar... dando trigo<sup>18</sup>.

Cierta tarde de noviembre de 1942, estando con tres chicas de la Obra, Escrivá desdobra un papel. Es un gráfico imaginativo de labores de apostolado que habrán de realizar las mujeres del Opus Dei por el mundo entero: granjas-escuelas para campesinas, residencias universitarias, clínicas de maternidad, dispensarios, actividades de la moda, bibliotecas ambulantes, librerías, centros de formación profesional: secretariado, enfermería, docencia, idiomas, hostelería... Al tiempo que explica con viveza cada tramo del gráfico, les dice que lo más importante e incuantificable será el apostolado de amistad personal de cada una con su familia, sus amigas, sus vecinas, sus colegas...

Al desdoblar aquel papel, Escrivá ha desplegado un sueño. Un sueño audaz y extemporáneo, incómodo para la galbana y la penuria que la contienda civil ha dejado en España, y que parece ignorar también las trincheras del odio y del miedo que la guerra mundial esparce por Europa. Curiosamente, el *ritornello*

<sup>17</sup> Cfr. P. URBANO, *El hombre de...*, pp. 67-71.

<sup>18</sup> Juego de palabras, a partir del dicho popular castellano “una cosa es predicar y otra dar trigo”.



de Escrivá esa tarde de otoño es un entusiasta «¡soñad y os quedaréis cortas!» Aquellas tres jóvenes le miran con asombro y con vértigo. No les entra en la cabeza que todo eso tengan que hacerlo ellas mismas. Escrivá capta el acobardamiento en sus ojos. «Ante esto se pueden tener dos reacciones —su voz es firme; sin desafíos, las encara a su responsabilidad histórica—. Una, la de pensar que es algo muy bonito pero quimérico, irrealizable. Y otra, de confianza en el Señor que, si nos pide todo esto, nos ayudará a sacarlo adelante». Carga la mirada en cada una, como si quisiera trasvasarles su granítica fe. Después, doblando el papel agrega: «Espero... que tengáis la segunda reacción».

Así es. A la vuelta de cuarenta años, aquellas tres se han multiplicado por más de diez mil cada una. Los proyectos del papel y otros nuevos, a tenor de las demandas sociales y culturales, funcionan ya por los cinco continentes. Y en paralelo, las iniciativas apostólicas de los hombres del Opus Dei, al impulso de esa misma musculatura: una fe que despliega sueños, pero arremangándose en la faena de poner un ladrillo sobre otro, un folio sobre otro, una hora de estudio y trabajo sobre otra hora de oración y mortificación; y este viaje y esa gestión y aquel trámite. Sin amilanarse, sin decir basta, con el exigente martilleo del «¡más, más, más!», «¡que no me detenga en lo fácil!», «¡hay tanto destruido! ¡queda tanto por hacer...!»<sup>19</sup>.

¿Tiene medios? No. Tiene la imponente seguridad de estar haciendo un querer de Dios. En 1960, a un canónigo de Sevilla que le pregunta por su proyecto de residencias universitarias en Oxford y Londres, le responde con una sencillez desarmante: «Como no tenemos dinero, lo que vamos a hacer es empezarlas inmediatamente. Dios lo quiere, así que el dinero no faltará. Es lógico. Bueno..., es una lógica ilógica»<sup>20</sup>. Un par de años antes de morir, glosa esa lógica ilógica del 'providencialista' que, confiado y sin retranca, vive su 'a Dios rogando y con el mazo dando': «No teníamos nada. A veces me encontraba con lo que necesitaba, con las pesetas y hasta los céntimos contados que en aquel momento eran necesarios. Entonces no lo entendía; pero ahora lo comprendo bien, y veo que es una muestra clarísima de la divina Providencia. Si la Obra de Dios se hubiera hecho con el dinero de los hombres... ¡poca Obra de Dios sería!»<sup>21</sup>.

Encendido por un ideal que no se agosta —*regnare Christum volumus!*—, y persuadido de que «la Iglesia de Jesucristo no tiene ningún miedo a la verdad científica, y los hijos de Dios en el Opus Dei tenemos el deber de hacernos presentes en todas las ciencias humanas», apenas ha echado a andar la Universidad

<sup>19</sup> P. URBANO, *El hombre de...*, pp. 56-58.

<sup>20</sup> Testimonio de don Cormac Burke, D. 6176.

<sup>21</sup> P. URBANO, *El hombre de...*, p. 324.

de Navarra, Escrivá ya indica que «eso es sólo el comienzo: en no mucho tiempo habrá diez o veinte universidades semejantes». En efecto, a la de Navarra seguirán las universidades de Piura en Perú, Panamericana en México, La Sabana en Colombia, Austral en Argentina, Los Andes en Chile, el CRC en Filipinas, Strathmore en Kenya, Campus Biomédico en Italia...

Se están elaborando los planos del santuario de Torreciudad. Visto con ojos humanos, es de locos meterse a edificar un templo de dimensiones colosales en un rincón perdido del Pirineo. ¿Construir iglesias, en un mundo de negocios sin alma donde sólo se construyen bancos, aparthoteles y supermercados? Pero Escrivá mira desde las retinas de la fe, y ve lo que otros no ven: allí se concentrarán multitudes de peregrinos. Por eso da a los arquitectos un atrevido consejo: «No tengáis miedo al tamaño. Poned muchos confesionarios, porque acudirá gente de todo el mundo a *desempecatarse*»<sup>22</sup>.

Y, en contraste con esa magnanimidad que no se achica ante lo grande, su peculiar atención a lo pequeño. El soñador tiene los pies en tierra y no descuida lo menudo. Vive y enseña a vivir lo de que «has errado el camino si desprecias las cosas pequeñas»<sup>23</sup>. No son manías minimalistas. Él cree en la promesa de Cristo: «porque fuiste fiel en lo poco, entra en el gozo de tu Señor»<sup>24</sup>. Estima en mucho lo poco. Sabe que, como en el amor humano, «también en ‘pequeñeces’ está el Amor divino»<sup>25</sup>: cerrar bien una ventana; correr las cortinas a las horas en que el sol estropearía los muebles; avisar a sus hijas de Villa Sacchetti de unas huelgas de panaderos y lecheros, para que se aprovisionen con antelación; dar a tal hijo suyo una pomada porque le ha salido un grano en la cara; sugerir que le refuercen la alimentación a tal chica a quien últimamente ve demacrada y con ojeras... Sigue atento los pormenores de las obras de Villa Tevere: la forma de irrigar una fontana de cinco caños, instalada en un lugar donde no parece que pueda llegar el agua; o el modo bello y barato de resolver un artesonado. También esos detalles que no se ven: el croquis de terminales eléctricos de una maraña de cables que van por detrás de las vidrieras, o los puntos de cruce de los conductos internos de la calefacción...

Rápido de reflejos, una mirada le basta para descubrir al paso por un tramo de pasillo un desconchón incipiente, una telaraña, un cuadro torcido... En una visita a sus hijos alemanes de Colonia, le muestran el anteproyecto de la residencia Schweidt. Al instante, señalando los planos advierte: «Si pensáis que esta

<sup>22</sup> Cfr. P. URBANO, *El hombre de...*, pp. 63, 59 y 61.

<sup>23</sup> *Camino*, n. 816.

<sup>24</sup> Mt, 25, 21.

<sup>25</sup> Cfr. *Camino*, 824.

habitación sea para quien esté enfermo, situada junto a la escalera de subida y bajada de los estudiantes, ¿no os parece que será muy ruidosa?»<sup>26</sup>.

Una noche, en Roma, acabada la tertulia con sus hijos, va haciendo una pequeña señal de la cruz en la frente a cada uno de los que han salido al pasillo a despedirlo. A uno de ellos, le dice mientras le signa: «Dios te bendiga, hijo mío, y... que te cosan ese botón de la camisa»<sup>27</sup>.

Un hontanar de contrastes aún más profundos, y para muchos contradictorios: ¿asceta místico? ¿clérigo laical? ¿contemplativo en la calle? ¿hombre interior en el fragor de lo exterior? El joven sacerdote Josemaría, metido a fundador a la fuerza —¡bien lejos estaba él de querer fundar nada!—, columbra enseguida que le va a tocar alzarse a contramarcha de los tiempos. Para unos, llega demasiado pronto; para otros, demasiado lejos...

El catolicismo de 1928 puede entender que un vinatero pague sus diezmos y primicias, vaya a misa los domingos, ayune en cuaresma y sea un honrado padre de familia. Ahí se fija el listón. ¿Que el vinatero aspira a más? Pues, cierre el negocio y váyase a un convento. Pero Escrivá no sólo dice que ese vinatero puede ser santo, sino que 'su camino de santidad' es cabalmente la vendimia, la crianza y la venta del vino... Más aún: o encuentra a Dios en el negocio del vino, o lo buscará inútilmente fuera de su propio mundo. Y éste es el nudo de todos los contrastes, el cruce de todos los dilemas y perplejidades que la doctrina de Escrivá suscita: santidad mundanal. Escrivá tensa el arco y lanza su flecha al punto de origen: los primeros cristianos viviendo el evangelio en casa, en la calle, en el mercado, en los baños, en el estadio, en el foro... Ciudadanos del mundo. Santos mundanales, que no sólo no dimiten del mundo sino que han de preñarlo de santidad. Ante las miradas oblicuas y las entendederas párvulas, Escrivá tendrá que apostillar «del mundo... sin ser mundanos». También Jesús tuvo que apostillar «no Te pido que los saques del mundo...»<sup>28</sup>. Etcétera.

Qué oportuno aquí este texto de Charles Péguy: «*Res nova* [...] una revolución consiste esencialmente en excavar más a fondo en los veneros inagotables de la vida interior y, por eso, los grandes hombres de acción revolucionaria son eminentemente hombres de intensa vida interior, espíritus meditados, contemplativos. No hacen la revolución los hombres exteriores, sino los interiores»<sup>29</sup>.

Místico y asceta. Contemplativo y activo. Ciudadano del mundo temporal con irrefragables ansias de un mundo eternal. Su celda es la calle: en todo capta

<sup>26</sup> Testimonio de don Fernando Echeverría, T-6908.

<sup>27</sup> Testimonio de don Antonio Gil Rico, n. 2.

<sup>28</sup> Jn, 17, 15.

<sup>29</sup> CH. PÉGUY, *Oeuvres en prose (1898-1908)*, París 1959, vol. I, 1388.

sugerencias de lo divino. Y la calle es su celda: ni se abstrae ni se distrae. Su vida interior viaja con él.

Si, yendo por la ciudad o por carretera, divisa el campanario de una iglesia, ‘asalta’ ese sagrario con un requiebro de amor. Pero no necesita ver campanarios para acordarse de Dios. Así, durante la proyección de una película —*Genoveva*, por citar un caso concreto—, al final del primer rollo, pregunta a un hijo suyo, sentado junto a él: «¿Has hecho ya muchos actos de amor?». Sin esperar la respuesta, agrega: «Yo llevo más de mil». Ante la perplejidad del otro, explica: «Es sencillo: cuando han salido los carteles de crédito, he ido encomendando a cada actor, a cada actriz, al director, a los cámaras, a los técnicos de sonido... En el primer fotograma, ¿recuerdas que iban por un camino dos labriegos?, pues me ha servido para pedir por la labor que está empezando un hermano tuyo con campesinos navarros. Como en la escena siguiente aparecía un coche, he rezado por mis hijos que en estos momentos vayan de viaje. Se veía luego un caserón señorial, y me ha sido fácil encomendar las gestiones de los nuestros en Irlanda para conseguir una casa de retiros muy parecida a ésa...»<sup>30</sup>. Ni ha perdido ripio de la película, ni se ha olvidado de las cosas de Dios. A eso él lo llama «distracciones al revés».

Cualquier lugar, cualquier asunto le permite auparse hacia Dios: el vestíbulo del sastre, la mesa atestada de papeles, las noticias del telegiornale, la letra de una canción... «Yo no sé lo que valga mi vida...» canta, entre rasgueos de guitarras, una muchacha en Villa delle Rose, y a Escrivá se le escapa esta elocuente protesta: «Ah, pues yo sí sé lo que vale mi vida: ¡toda la sangre de Cristo! Hija, ya nos has dado el tema de oración»<sup>31</sup>.

Frente al espiritualismo pernicioso que enjaula la religión en el templo, como en un gueto, Escrivá opone el buen materialismo con el que cualquier cristiano puede encontrar a Dios en el trajín de su trabajo cotidiano, en la conversación de café con los amigos, en la bulla de una fiesta... Hablando de la lidia del toro con el rejoneador Alvaro Domecq, Escrivá pasa sin más a tratar del definitivo lance: «Una jaca como la tuya, Alvaro, ¡qué bien me vendría para ese salto final! ¡La jaca del amor de Dios necesito yo para saltarme el purgatorio a la torera!» Y al oftalmólogo Romagnolli, que explora sus pupilas buscando con tiento «*l’ottimo punto di mira* para ver las cataratas que se le están formando», le dice a bote pronto, aunque acaban de conocerse: «Yo le pido a Dios en este momento que usted y yo tengamos siempre un buen sentido sobrenatural, y que ése sea

<sup>30</sup> Testimonio de don Juan Lahuerta, T-6319.

<sup>31</sup> Testimonio de doña Olimpia Martínez Ledesma, T-5469.

nuestro *punto di mira ottimo*. Así enfocaremos las cosas como Dios quiere: para su gloria»<sup>32</sup>.

Una calurosa tarde romana de 1952, dirige la meditación a un grupo de hijos suyos. Para que corra aire, han dejado entreabiertas las ventanas del oratorio. Llegan desde el jardín las voces y el ajetreo de los albañiles, que aún no han terminado su jornada. Al poco se hace el silencio. Escrivá alza la cabeza y le dice al director: «¿Por qué les habéis hecho dejar su trabajo? No sé a vosotros, pero a mí ese ruido ni me estorbaba ni me distraía. Al contrario: me daba más presencia de Dios... Es *operatio Dei*. ¡Es lo nuestro!»<sup>33</sup> Y el día que uno de la Obra le pregunta cuál de los oratorios de Villa Tevere le gusta más, aun habiendo veintitantos, Escrivá no titubea: «¡La calle! —responde rápido— No es una frase bonita lo de que ‘nuestra celda es la calle’...»<sup>34</sup>.

Aquí se toca la médula donde los elementos en contraste provocan una sinergia inaudita entre el trabajo y la oración, lo exterior y lo interior, lo material y lo espiritual, lo temporal y lo eterno. Pero no se trata ni de empastar un puzzle ni de forzar una síntesis entre actitudes esquizoides. Se trata —importa subrayarlo— de una unidad de vida, enteriza, sin grietas. La unidad entitativa y la unidad operativa de quien orienta la totalidad de su ser y de sus actos hacia un único fin, sin esguinces ni desnortes, de modo que todo lo convierte en sustancia de su misión. En la existencia de Escrivá nada es indiferente a su vocación: «hacer el Opus Dei en la tierra, siendo tú mismo Opus Dei». Un *hacer siendo* y un *ser haciendo* que en él no se dan como una secuencia en el tiempo —al menos, no hay crónica de tal *operari sequitur esse*—, sino que cristalizan como un *continuum* simultáneo y unitario.

Sí hay datos, en cambio, de una gradualidad en su percepción de lo que ha de ser el Opus Dei: Dios se lo irá dando a conocer paso a paso. Y Escrivá mantendrá siempre el oído aguzado, el corazón a la escucha. Aun así, no se reprocha torpeza o indolencia, sino cierta dureza de oído, cada vez que a sí mismo se llama «instrumento inepto y sordo».

También se sabe que tal unidad de vida no es un don recibido de golpe, sino un obsequio de gracias a las que corresponde con lucha vigorosa: Escrivá se bate el cobre por subyugar sus instintos de bajeza o sus pasiones de altivez, que puedan separarlo de Dios. Es “la doma del potro”. Prende en sus labios la súplica «¡aparta, Señor, de mí lo que me aparte de ti!» Es, pues, una ‘unidad’ guerreada y conquistada. Alvaro del Portillo, con la experiencia del testigo más cons-

<sup>32</sup> P. URBANO, *El hombre de...*, pp. 144 y 412. Cfr. *Amar al mundo apasionadamente*, 113.

<sup>33</sup> Testimonio de don Alfonso Par, T-4264.

<sup>34</sup> P. URBANO, *El hombre de...*, p. 186.

tante y más cercano, escribirá: «Estoy convencido de que nuestro Padre había alcanzado de modo patente una perfecta unidad de vida en esta tierra»<sup>35</sup>.

Ese ‘aparta, Señor, de mí...’ alza otro sugestivo contraste, en línea con el desasimiento de ataduras y el vaciamiento de afectos que su deseo de pureza le exige. Más allá de la rima fácil, en Escrivá *pureza y dureza* se conjugarán con dolor, precisamente porque es capaz de mucho amor. Ese hombre que no necesita pedir al Señor «cambia mi corazón de piedra por un corazón de carne»<sup>36</sup>, él mismo, antes que trabarse con el ‘hilillo sutil’ de un sentimiento oscuro que enturbie su amor a Dios, se impone la crucifixión de su concupiscencia: «¡corazón en la Cruz!»<sup>37</sup> Y será por esa senda de inclemente dureza con su propio corazón por donde acceda a las ternuras más suaves del corazón de Dios. ¡Inesperado contraste!

Parejo al dominio de sus sentimientos, Escrivá se aplica al control de los sentidos: por asegurarse un clima interior más sosegado y por centinelar su pureza. «En ocasiones, veo pero no miro; y a mis años —confiesa— tengo que hacer esfuerzos para no volver la cabeza cuando pasa una mujer guapa»<sup>38</sup>.

A principios de los años treinta, en Madrid, frecuentaba la casa de los marqueses de Guevara a quienes atendía espiritualmente. Un joven pintor hizo por entonces un retrato de la marquesa, y comentó la rareza de que esa mujer tenía cada ceja de un color. Al oírlo, Escrivá cayó en la cuenta de que, aun siendo muy observador, no había reparado en ese detalle. «No me había fijado —explicó tiempo después— porque... nunca la miré a los ojos»<sup>39</sup>.

En cambio, por esos mismos años, sí ve y sí mira, en busca de algún agradero que pueda acercarlo a sus verdaderos amores. ¡Cómo se alegra, callejeando por aquel Madrid de la persecución religiosa y la devastación de iglesias, al descubrir una pequeña imagen de la Virgen del Pilar, ‘ilesa’ en plena plaza de Colón! «Lo que no vieron los ojos del odio —comentará más adelante—, lo descubrieron los ojos del amor».

Para esos hallazgos le gusta ser “muy fijón”. Un día, después de atender a unas visitas, Escrivá camina ligero por un pasillo de Villa Tevere —la galería pompeyana— hacia la zona donde trabaja. Sin detenerse, pregunta a los dos que le acompañan «¿queréis uniros a la intención que encomiendo a aquella imagen de la Madonna siempre que paso por aquí?» Por el leve gesto que ha hecho, alzando el mentón hacia una ventana lateral, Javier Echevarría y Francisco Roca dedu-

<sup>35</sup> A. DEL PORTILLO, *Mons. Escrivá de Balaguer, instrumento de Dios*, Pamplona 1976, p. 139.

<sup>36</sup> P. URBANO, *El hombre de...*, p. 103.

<sup>37</sup> Cfr. *Camino*, 163.

<sup>38</sup> Testimonio de doña Encarnación Ortega Pardo. AGP, RHF, T-05074.

<sup>39</sup> P. URBANO, *El hombre de...*, p. 302.

cen que ahí debe de haber una Virgen que ellos nunca han visto, aunque viven allí. Cuando vuelvan a ese lugar en otro momento, se percatarán de que «hay que fijarse bien para descubrirla: en lo que abarca un paso, o todavía no se ve o... ya se ha dejado de ver; sólo se capta de refilón y a tiro hecho»<sup>40</sup>.

Dije antes que el fundamento que armoniza esa gama de contrastes en Escrivá es su unidad de vida, y ahora señalo que el nervio de esa unidad de vida es su presencia de Dios: un Dios espectador de su vida hacia fuera y, a la vez, huésped de su vida hacia dentro. ¿Como si Dios no tuviera otra cosa que hacer que estar pendiente de Escrivá? Sí, ése es el egoísmo acaparador de los niños y de los santos.

Un Dios espectador ante quien Escrivá, si algún día está cansado o desgano, no duda en «hacer la comedia... ser juglar de Dios»<sup>41</sup>, sintiéndose visto y oído. Más: mirado y escuchado. Más aún: atendido y asistido. Más todavía: contemplado. El comediante es así *contemplador contemplado*. Y no bajo la mirada acogotante de un Dios escudriñador al acecho. Al contrario, Escrivá se siente recreo de un Espectador bueno que le sonrío, le estimula, y de vez en cuando le gratifica con ‘una dedada de miel’: es su Padre.

Y un Dios huésped. No se registran en la vida interior de Escrivá largos estadios de noche oscura, de desierto, de soledad espiritual. Más bien, suele andar en un trato jugoso y conversador con los ‘huéspedes’ de su alma. Cree y vive la realidad misteriosa de la inhabitación trinitaria. Su privacidad más íntima está habitada por la Trinidad, y dinámicamente poblada por la comunión de los santos: una compañía fuerte de la que tiene emocionada conciencia. Su alma es alojadora. No hay campo para la soledad. No digo que eso no le haya sido costoso de alcanzar. Ciertamente, conoce la aspereza de la cuesta arriba y admite haber caminado decenas de años a contrapelo. Su vida es un esforzado training para aprender a moverse en la atmósfera del “buen endiosamiento”.

Escrivá es un hombre que vive de lo que reza y reza de lo que vive. Sin quiebras de continuidad. Su oración no es un añadido, un acotado entre paréntesis en su jornada. Su oración *vitaliza* todo su actuar. En él, vivir y orar no se dan la espalda. Vuelve a faltar el *sequitur*, porque no son actividades sucesivas sino actitudes superpuestas: un modo contemplativamente activo de estar en el mundo. Escrivá trabaja, estudia, come, pasea, ríe, canta... seguro de estar bajo esa capa del cielo que es la presencia de Dios. Cada gesto, cada instante adquiere pulso de plegaria: ¡hasta la inconsciencia del sueño! Al despertarse en la noche, hallará que “rezaba durmiendo”. Convertir el sueño en oración es un don. Y percatarse, una gracia.

<sup>40</sup> Testimonio de don Francisco Roca Suárez-Inclán, T-6310.

<sup>41</sup> Cfr. *Forja*, 485.

Un nuevo equilibrio y un contrapunto nuevo: su indeclinado ejercicio de la paternidad espiritual y su arraigado sentimiento de la filiación divina. Por naturaleza, todo hombre es y se siente antes hijo que padre. En el registro de Escrivá —al margen de que conserve una huella muy feliz y muy influyente de sus progenitores— aparece un rasgo singular: echa a andar como joven sacerdote teniendo ya entretelas de *padre*. Y han de pasar varios años hasta que le sobrevenga la conciencia de *hijo*. Fue un episodio súbito, de ímpetu numinoso. Un suceso inenarrable: *Abba, Pater!, Abba!, Abba!* será la balbuciente impresión que Escrivá se atreve a trasladar a su cuaderno. Un hito histórico indeleble: «ocurrió en Madrid, el 16 de octubre 1931, en un tranvía»<sup>42</sup>. Y una certeza insoslayable, a partir de la cual ya se puede decir que Escrivá es *muy padre* porque es *muy hijo*. Entiende incluso que la vivencia de la filiación divina será un trazo medular en la espiritualidad del Opus Dei.

«La fe tranquiliza al hombre —escribe Lubac— y lo afianza en la verdad, pero comunicándole una inquietud superior»<sup>43</sup>. Quizá por esa confianza emparejada a superiores exigencias, la única autoestima bendecible, el único orgullo legítimo, sea la filiación divina. Así piensa Escrivá, cuando fomenta la ‘soberbia’ de un estudiante que, sintiéndose hijo de Dios, va por la calle «engallado el cuerpo y soberbio por dentro»<sup>44</sup>.

Siquiera en bisel, debo mencionar un tramo de su biografía rico en contrastes: la lealtad a su padre, con el hondón de lo patrio; y la veneración a su madre, en quien Josemaría reconoce su materia —*mater*— fontal. Sus señas de identidad familiar: lenguaje, tradiciones y costumbres en un ambiente burgués de provincias. La niñez dichosa, aunque sacudida por tres muertes infantiles en su propia casa. Un revés económico que les desinstala. La escasez vergonzante, el vacío social, el desconcertado estatus de los venidos a menos, la muerte repentina del padre... y un señorío de casta para apechar con todo sin patetismo. Escrivá intuye que esos sufrimientos son ya lección de la escuela del Espíritu Santo. Más tarde, lo dirá: «El Señor, para darme a mí, que era el clavo —perdón, Señor— daba una en el clavo y ciento en la herradura»<sup>45</sup>.

Inculca a los suyos en la Obra una relación cariñosa con los padres: el *dulcísimo precepto*. También con su contrapunto: ¿Ayuda y asistencia a las familias, «nuestras benditas clases pasivas»? Sí; pero sin desmesura, sin apego, sin familiosis<sup>46</sup>.

<sup>42</sup> Cfr. *Apuntes íntimos*, 334.

<sup>43</sup> H. DE LUBAC, *Los caminos de Dios*, Madrid 1993, p. 136.

<sup>44</sup> Cfr. *Camino*, 274.

<sup>45</sup> *Meditación*, 14-II-1964. Cfr. *Cartas*, 29-XII-1947 y 14-II-1966.

<sup>46</sup> Cfr. P. URBANO, *El hombre de...*, pp. 243-245.



Escrivá transfiere a la Obra, como ambiente propio, el clima de familia que vivió en el hogar de sus padres. Ahí se inspira. Del mismo modo, en el cuidado y en el magisterio que despliega sobre sus hijos del Opus Dei, proyecta el trato personalizado y entrañable, fuerte y tierno, que él recibe de su Padre Dios.

Hay un recamado de matices en la paternidad de Escrivá. Actúa como padre y como madre a la vez. Entrevera detalles de ternura y de cariño con una exigente formación espiritual y humana. Sin discriminar a nadie, quiere a cada hijo de modo especial. Se rige por la buena ley de tratar desigual a los que son desiguales. Sorprende que, siendo padre de tantos, cada cual en algún momento perciba —sólo para sí— una atención, una sonrisa, una pregunta a media voz, un guiño..., algo que le singulariza y le hace sentirse hijo único.

Con los varones, la proximidad doméstica es un plus de confianza para gastar una broma, arreglar un nudo de corbata, acompañarlos un rato junto a la cama si están enfermos, salir de paseo, jalearlos mientras juegan al fútbol, o darles un par de besos. Con sus hijas, usa una suavidad exquisita, una delicada reserva. Suele regalarles abanicos, discos, bombones, bibelots de vitrina... Cada vez que las ve, experimenta cierta emoción y cierto tímido deleite: como si el corazón le diera un vuelco. Sabe a carta cabal que las mujeres están en el Opus Dei sin él buscarlas ni llamarlas: no las quería en la Obra “ni de broma”. Pero Dios —que le lleva la mano en la fundación—, en un momento concreto<sup>47</sup> le manifestó su deseo: la Obra será tanto para los hombres como para las mujeres de Dios. Es natural que a ellos y a ellas los trate de modo distinto. También Dios lo hace: el Espíritu santifica a los hombres y a las mujeres, no sólo respetando las peculiaridades de cada sexo, sino proyectando su acción y sus dones sobre una santidad masculina y una santidad femenina<sup>48</sup>. ¿Hace falta afirmar que la santidad es tan sexuada como la misma humanidad que Dios creó? «¡Gracias porque estáis aquí! —rezuma a veces Escrivá— ¡Os veo y no me lo creo!»<sup>49</sup>.

Debe marcar un rumbo, sentar unos criterios, formar a los suyos en un espíritu que sólo él ha recibido de primera mano y en plenitud. Por ello, aunque la severidad repugna a su talante liberal, se exige exigirles. «Cuando he de reprender a alguien —confiesa—, lo paso mal antes, durante y después». Es un magisterio con cintura, ágil y versátil para salir al paso de los asuntos que surgen cada día. Y, a la vez, un magisterio tenaz, repetidor, que advierte sobre una constelación de pequeñas y grandes cosas. Se desvive por sus almas y por sus cuerpos: si una hija suya está lánguida; si otra ha de conducir por carreteras solitarias; si

<sup>47</sup> En Madrid, el 14 de febrero de 1930, celebrando misa, Escrivá entendió que el Opus Dei era también para las mujeres.

<sup>48</sup> Cfr. R. CANTALAMESSA, *El canto del Espíritu*, Madrid 1999, p. 22.

<sup>49</sup> Cfr. P. URBANO, *El hombre de...*, p. 202.

aquél descuida la oración o habla con soberbia intelectual; si las de Eigelstein lavan a mano la ropa de toda la residencia porque no tienen lavadora... Cuando se entera de que en medios públicos españoles han dicho de uno de la Obra 'ése no tiene familia', viaja a Madrid, pide audiencia al presidente del Gobierno y al jefe del Estado, y les aclara dos cuestiones. La primera, «ése es hijo mío y tiene una familia, ¡la mía!, y tiene un hogar, ¡el mío!». La segunda, «si por sus ideas políticas le meten en la cárcel, yo respetaré la decisión judicial, pero nadie podrá impedirme que le facilite toda la asistencia espiritual y material que necesite»<sup>50</sup>.

Induce su desvelo a todos en la Obra para que sean 'buenos pastores' de los demás: «¡Hay que mirar, hijos míos, hay que percibir a tiempo cuando un hermano vuestro afloja, se va a enfriando, se va alejando de Dios y de las cosas de Dios! Y tenéis la obligación de exigirle con fortaleza y de cuidarle con cariño. Eso entraña una alerta vibrante, una vigilia de amor. No es cómodo... ¡si lo sabré yo, que estoy siempre sobre espinas!» Y en otra ocasión: «*Cor meum vigilat!* Mi corazón está despierto. ¡No tenemos derecho a dormirnos! Como una madre, como un centinela en la noche, hemos de vigilar por amor. El amor no duerme. Y cuando se ama de veras, ¡también durmiendo se vigila!».

Él lo vive así. Le notifican que una mujer de la Obra —que atraviesa una crisis espiritual— se ha ido con todo su equipaje del centro en que reside, en Milán. No saben hacia dónde va... Con diligencia de buen pastor, como si en el Opus Dei sólo existiera esa mujer, como si fuera única, Escrivá sale en su busca: «Esta hija mía lo que necesita ahora es saber que, pase lo que pase, aunque bajo sus pies se hunda el pavimento, ¡tiene al Padre! Alvaro, acompáñame: ¡vámonos a Stazione Termini!» Recorriendo los andenes de arriba abajo, estarán allí hasta bien entrada la noche... Pasado un tiempo, aquella espera habrá valido la pena.

Apunto aquí otro par de actitudes contrapuestas que se anudan en Escrivá: Su conciencia inalienable de fundador, junto a la certeza de su prescindibilidad. «Fundadores del Opus Dei sólo hay uno», dice sin ambages; pero no se siente necesario: «soy fundador sin fundamento... no soy ni mucho menos imprescindible... soy un fundador que no hace falta... no he hecho más que estorbar»<sup>51</sup>.

Ya desde el inicio, preguntaba a los jóvenes recién llegados al Opus Dei: «sí me matasen, si me ocurriera algo, ¿tú seguirías con la Obra?» Sabe que el

<sup>50</sup> Para este párrafo y los dos siguientes, cfr. P. URBANO, *El hombre de...*, pp. 213-218, 234-239, 257-258 y 226-228.

<sup>51</sup> Para este párrafo y los dos siguientes, cfr. P. URBANO, *El hombre de...*, pp. 110 y 360-366. Monseñor Alvaro del Portillo, AGP, RHF, 21164, pp. 1467-1468 y 1491-1492. Testimonio de don Juan Jiménez Vargas, T-4142.

Opus Dei es una gran familia que ha de prolongarse en el tiempo y extenderse en el espacio. La paternidad no puede agotarse en él. De ahí su empeño en formar formadores, apóstoles de apóstoles, hijos capaces de ser padres...

A partir de cierto momento, cuando vislumbre ya eslabonada esa continuidad, dirá tranquilo «a mi muerte, en la Obra no ocurrirá nada...» Tal como fue: sin desconciertos ni tensiones, se produjo una sucesión serena, al cauce del fluir natural. Cesó, es claro, la hilera de los báculos patriarcales: mientras él vivió, cada dos de octubre se colgaba un báculo sobre un muro del oratorio de San Miguel, en Villa Tevere, en memoria de un año más de su mandato como Padre. Pero, en el Opus Dei, Escrivá seguirá siendo siempre el Padre de todos los hijos y el padre de todos los Padres.

Otro mar de contrastes: En su piedad, pese a estar reglada sobre el cañamazo de un plan de normas fijas, sometida a la dictadura del reloj y con devociones específicas para cada día de la semana, no hay rigidez ni rutina. Al contrario: hay una búsqueda espontánea del arrimo de Dios, ilusionada como una aventura juvenil. La vida interior de Escrivá es tan intensa, tan encendida, que, por mucho que la oculte, se percibe desde fuera. Asombra su recogimiento para la plegaria, sea el ángelus, el rosario o una simple jaculatoria; su embebimiento en las escenas del Evangelio; su talante adorador y absorto ante el tabernáculo... Los miles de testimonios de quienes le vieron rezar o celebrar misa acuñan una expresión unánime<sup>52</sup>: ‘metido en Dios’. Así, semanas después de la muerte de Escrivá, el japonés Soichiro Nita escribe alguna de sus vivencias: «Yo pensé que estaba muy unido al Padre, mientras él celebraba la misa. Pero, a partir de cierto momento, se metió tanto en Dios que... no pude seguirle. Fue como si me hubiese quedado fuera. ¡Hasta me sentí solo».

Con o sin ingenios de memoria —‘despertadores’ los llama—, busca “hacerse un cielo en la tierra”. Descubre la buena sombra de san José. Mantiene una tuteada relación de amistad con los santos. Solicita mil pequeñas ayudas a su ángel custodio: encontrar un papel, sonreír sin ganas, no sangrar por la nariz mientras celebra misa, que se arregle una avería en la caja de cambios del coche... Desde los comienzos de su sacerdocio, acostumbra a no dirigirse a nadie —en persona o por carta— sin antes saludar a su ángel de la guarda. Se desplaza con el corazón a diversos sagrarios mientras trabaja, yendo de viaje, o si se despierta de noche. Cuando puede, se acerca al oratorio a saludar al Señor un instante, aunque tenga ya setenta años y deba subir escaleras tan empinadas como las de Villa Galabresi.

<sup>52</sup> La simultaneidad con que se escribieron los testimonios, su dispersa procedencia geográfica y la dificultad de comunicación a distancia con que se operaba en 1975 —sin fax, sin modem y sin correo electrónico— no permiten pensar en una puesta en común.

A la Virgen, ¡qué miradas, qué piropos, qué besos, qué canciones, qué lágrimas, qué fatigosas romerías pedigüeñas...! Ella es su escondite, si tiene miedo. Ella es su refugio, si tiene pena. Y de ella sale siempre envalentonado y contento<sup>53</sup>.

Escrivá no es un beaturrón que arrastre un fardo de prácticas devotas deslavazadas. Su vida interior es diversa pero no dispersa: se centra y se arraiga en la misa. Y su nervadura es el amor a Dios. Un amor fogoso que por días se acrece, y cada vez necesita más intimismo y menos palabras: la ardiente elocuencia del mirarse en silencio. «Parece insuficiente ese fervor —escribe—, porque las palabras resultan pobres... y se deja paso a la intimidad divina en un mirar a Dios sin descanso y sin cansancio. Vivimos entonces como cautivos, como prisioneros...»<sup>54</sup>.

Un contraluz interesante en este jalón: Habla del Espíritu Santo como del ‘gran desconocido’; pero desde bien temprano se dejó inspirar por Él; hizo la Obra a su dictado; Él era su entrenador, su genuino director espiritual —«no le hable: óigale», aconsejó al joven Escrivá un confesor, advertido de que Otro llevaba la batuta—; Él le hizo clamar *Abba!*; Él le suscitó y le satisfizo esa avidez de domesticidad, de familiaridad, de *oikeiosis*, ¡de intimidad! con Dios; toda vez que Él es *el amor íntimo divino*. ¿Quién, si no el Espíritu Santo, le hacía sentirse ‘en casa’ con Dios?<sup>55</sup>.

Escrivá se mueve en el claroscuro de la fe, pero ansía ver. Del *Domine, ut videam!* con que pedía ver el querer de Dios siendo un curita mozo, pasará al *vultum tuum, Domine, requiram!* pidiendo ver a Dios mismo: «¡Señor, quiero verte cara a cara... que quiero darte un abrazo!» «Muchas veces, cuando hago la oración solo, la hago ¡a gritos! ¡Tengo hambre de conocer el rostro de Cristo!»<sup>56</sup>.

Sin embargo —y subrayo otro contrafuerte—, su avidez de lo divino, lejos de ser un escapismo pietista, se ocasiona en el trasiego del trabajo, en la relación con los demás, en el nudo de las corrientes de pensamiento, en el meollo de la vida ordinaria, en las peripecias de un mundo al que ama tanto, tanto, que desea hacerlo mejor<sup>57</sup>.

Nuevo bancal de contrastes: Una noche de 1942, Escrivá, hostigado y calumniado por todas partes, se arrodilla ante el sagrario: «Señor, si Tú no necesitas mi honra, yo ¿para qué la quiero?». En ese momento, cambia el sentido del

<sup>53</sup> Cfr. P. URBANO, *El hombre de...*, pp. 173-177, 183, 408 y 419. Cfr. Testimonio de don José Luis Múzquiz de Miguel, T-4678. Id. de don Joaquín Mestre Palacio, T-181.

<sup>54</sup> Cfr. *Amigos de Dios*, 296.

<sup>55</sup> Cfr. SAN BASILIO EL GRANDE, *Sobre el Espíritu Santo*, XIX, 49. Cfr. R. CANTALAMESSA, *El canto...*, p. 23.

<sup>56</sup> P. URBANO, *El hombre de...*, pp. 479-480.

<sup>57</sup> Cfr. *Amar al mundo...*, 113-114.

honor por el sentido del humor. En adelante, se echará los respetos humanos a la espalda y encarará las contradicciones con buen humor: «me salen —dice— por una friolera». Y también: «¡a mí ya no hay quien me dé un disgusto!» No es baladronada. Es que Dios le ha hecho entender el dolor como un *admirabile commercium*, como un buen negocio: «tener la Cruz es encontrar la felicidad, la alegría [...] tener la Cruz es ser Cristo, y, por eso, ser hijo de Dios»<sup>58</sup>.

En la vida ha de sufrir mucho y con lágrimas; pero sin zozobra, sin perder pie, sintiendo sobre los hombros la mano poderosa de su padre Dios. Cuando arrecian las asechanzas de los ‘buenos enemigos’ —clérigos ofuscados que quieren destrozar el Opus Dei—, Escrivá llama a todas las puertas de la curia vaticana, ovilla su impaciencia rezando rosarios mientras espera en salas de pasos perdidos, siente la desconfianza, la contumaz *diffidenza* de ciertos eclesiásticos como una bofetada con guante de seda, el consejo diplomático helador de que ‘se haga el muerto’, la mordedura de la soledad... Es hombre, y llora en silencio. Pero el instinto le empuja a agarrarse a la Virgen. Se hace mendigo de oraciones. Va a Loreto, a Einsiedeln, a Lourdes, al Pilar... Cruza el océano y se planta ante la Virgen de Guadalupe. Pasa allí horas y horas. Sin prisa, que es como están los pobres limosneros. ¡*Alma, calma!*<sup>59</sup> Hasta conseguir. Hasta tener la certeza de que la Señora se ha hecho cargo del asunto y lo va a arreglar. Cuanto más hostil es el horizonte, más aplomada es su seguridad. Tanto, que hace un quiebro en la súplica que venía enderezando a la Virgen: del *monstra te esse matrem!*, con su deje de protesta, pasa al *iter para tutum!* donde expone escuetamente una necesidad: ¡preparáanos un camino seguro! Ambas invocaciones son del himno *Ave, maris stella*; pero él cree que «en nuestro caso, decirle ‘muestra que eres madre’, podría parecer un poco ingrato»<sup>60</sup>.

Cada nuevo día, espera su ración de cruz y su ración de alegría. Es el sello regio de las obras de Dios: *in laetitia, nulla dies sine cruce*. Y si la jornada discurre sin crestas de adversidad, se acerca al sagrario y pregunta: «¿qué te pasa conmigo, Señor? ¿es que ya no me quieres?» Pero no se inventa cruces. No es masoquista. Es de natural exultante, simpático. Hace disfrutar a sus hijos con bromas de chispa ingeniosa. Y él se divierte oyendo sus aventuras y sus chistes. Cuando viaja en coche, canta a pleno pulmón. Le gustan los domingos, celebrar cumpleaños y onomásticas de su gente, la corona de adviento, los villancicos junto al belén, el resplandor de la Befana con sus regalos...

Y porque no es encapotado ni aguafiestas, evita que los suyos sufran con lo que no pueden solucionar. Despejada ya la borrasca de la *diffidenza* —una caza

<sup>58</sup> *Meditación*, 28-4-1963, citada por monseñor J. ECHEVARRÍA en *Carta*, 1-9-2001.

<sup>59</sup> Lema del escudo de armas de los antepasados de Escrivá.

<sup>60</sup> Testimonio de don Vicente Pazos González, T-1177.

de brujas contra la Obra, tan organizada que hubo de desmontarla el papa Pablo VI en persona—, Escrivá confía a unas hijas suyas: «El Señor ha pasado muy cerca de nosotros. Pero no quise decíroslo porque... venía con la Cruz»<sup>61</sup>. De tertulia con un grupo de hombres del Opus Dei, les comenta: «Ahora me río, incluso a carcajadas yo solo. Me río, porque tengo presencia de Dios, si no... ¡qué cosas diría! Pero hace dos años he llorado mucho. Esas lágrimas, en la misa, no imagináis qué consuelo dan... aunque queman los ojos. Esta serenidad de ahora, como las lágrimas de entonces, son cosa de Dios». Con esas pinceladas traza su autorretrato de luces y sombras: lágrimas y carcajadas de un hombre que lleva encima una gran cruz, y sin embargo es feliz<sup>62</sup>.

El test de crédito de la unidad de vida lo da la actitud del individuo ante lo que por naturaleza contraría su amor propio. Ahí se ve si esa unidad de vida se cierra en su propio yo o se abre al amor de Dios. Pruebas inequívocas son, pues, las respuestas ante el dolor o ante la muerte. Aplicaré ese chequeo a Escrivá de Balaguer.

En Escrivá, la escasez, la incompreensión, la enfermedad, el deshonor... son abrazados como los «verdaderos tesoros del hombre»: «Bendito sea el dolor. Amado sea el dolor. Santificado sea el dolor... ¡Glorificado sea el dolor!»<sup>63</sup> Pero, ¿qué es lo que provoca su dolor? Asombrosamente, nada personal. Él sufre por las almas, por la Obra y por la Iglesia.

Ama a la Iglesia con pasión “a pesar de los pesares”, dice aludiendo a sus yerros y pecados y a los de tantos eclesiásticos. Pero de su madre la Iglesia nada teme: «de ella sólo pueden venirnos cosas buenas»<sup>64</sup>.

¿El Opus Dei? Es drástico Escrivá, al menos, en dos ocasiones: «Señor, si la Obra no es para servir a tu Iglesia, ¡destrúyela!»<sup>65</sup> No está aferrado, sino dispuesto a dejar ‘el proyecto’ —con los trámites a punto—, por servir a la Iglesia en otro frente: atendiendo al clero secular. Los sucesivos papas saben que pueden echar mano de la Obra, siempre que el servicio que pidan no contradiga su naturaleza. Y, cuando encomiendan al Opus Dei la prelatura de Yauyos (Perú), Escrivá aclara: «Las *misiones* no son lo nuestro. Asentí para que nunca se diga que he negado algo al Santo Padre. En el Vaticano me enseñaron un mapa, y que escogiese. Les dije: ‘allí donde nadie quiera ir, iremos’. Así escogimos»<sup>66</sup>.

<sup>61</sup> Relato oral de Mercedes Morado García.

<sup>62</sup> Cfr. P. URBANO, *El hombre de...*, pp. 104-106, 185, 409, 414 y 415.

<sup>63</sup> *Camino*, n. 208.

<sup>64</sup> P. URBANO, *El hombre de...*, p. 139.

<sup>65</sup> *Ibidem*, p. 330.

<sup>66</sup> *Ibidem*, p. 441.

En los años del desbarajuste posconciliar, le lacera la desbandada de sacerdotes que abandonan su vocación. «Sufro muchísimo —dice a unos hijos suyos mayores—. Estamos viviendo un momento de locura. Las almas, a millones, se sienten confundidas. Hay peligro grande de que, en la práctica, se vacíen de contenido todos los sacramentos —¡hasta el bautismo!—, y que los mandamientos de la ley de Dios pierdan su sentido en las conciencias». A sus hijas, les insta a rezar: «Tengo una gran congoja en el alma por la Iglesia, por esta Madre buena... tan maltratada. Además, los traidores están dentro». Alguna mañana, en el desayuno, deja a un lado el periódico, sujeta su cabeza con ambas manos, y rompe a rezar. Se siente culpable «porque no rezo ni me mortifico bastante». Redobra su mortificación corporal. Hace por entonces una confidencia enjuta pero bien descriptiva de su dolor: «Estoy habitualmente en Getsemaní: en la agonía del huerito». Al afeitarse, se mira al espejo y echa en falta su jovialidad: «no he sido nunca un hombre triste ni de cara hosca: ¡me han quitado la sonrisa!» «La situación es grave —dice—, como si nuestra Madre estuviera para morir». Con todo, tira de la pesadumbre hacia arriba: «aunque la Iglesia no morirá, porque así lo ha prometido el Señor y su palabra es infalible»... «¡este salmo terminará en gloria!» Es un brindis a la esperanza<sup>67</sup>.

El otro borne del test: su actitud ante la muerte. Afrontada con prematura conciencia por el niño Josemaría, la muerte adquiere muy pronto en él un impaciente sentido nupcial: «No quiero hacerme viejo, Jesús... ¡Es mucho esperar para verte! [...] Viejo, me parece tarde. Ahora, mi unión sería más gallarda, porque te quiero con Amor de doncel»<sup>68</sup>. Aguarda la muerte como el gran suceso amoroso y festivo: «Para nosotros —dice—, morir es ir de bodas». De ahí, su deseo de escuchar cuando esté muriendo una radiante canción de amor primaveral: ‘¡aprite le finestre al nuovo sole, é primavera... festa del amor!’ Concibe la vida como un ir yendo hacia una cita de amor. «Cuando se nos diga ¡sal que viene el Esposo, que viene Él a buscarte! [...] saldremos gozosos al encuentro de quien ha sido el Amor de nuestra vida»<sup>69</sup>. La muerte, pues, no es algo que sobreviene; es alguien que llega: alguien que al fin llega... al intuido y deseado abrazo esponsal.

*Corolario:* En todos estos escenarios de contrastes se libra un combate clave: la tensión dual entre inmanencia y trascendencia; el acuciante dilema entre *la ciudad de Dios* o *la ciudad de los hombres*, planteado con la falsía de un envite

<sup>67</sup> Cfr. P. URBANO, *El hombre de...*, pp. 411, 447, 456-457 y 462-464.

<sup>68</sup> Cfr. *Camino*, 111.

<sup>69</sup> Cfr. P. URBANO, *El hombre de...*, pp. 465-468, 489 y 491. Cfr. AGP, RHF T-07823 y T-21156, pp. 51-52.

de tatur que exige elegir a una sola carta: o todo o nada, o sólo lo de acá, o sólo lo de allá...

¿Laicismo, pietismo? ¿acción, contemplación? ¿ciencia, fe? ¿ética, estética? ¿materialismo, espiritualismo? ¿doctrina, vida? ¿obediencia, libertad? ¿castidad, fecundidad?... El hombre —barro quebrado, pero capaz de Dios— ante esas disyuntivas capciosas y crueles, experimenta la melancolía de quien ha de renunciar a unos bienes... sin entender por qué. Sólo el cristianismo resuelve con éxito esa sarta de opciones maniqueas. En Cristo, ni el hombre profana a Dios ni Dios sofoca al hombre. Lo divino se encarna en lo humano. Lo humano se endiossa. Lo temporal se insemína de eternidad.

Todos los dilemas se superan, pues, con la unidad de vida cristiana. Y el Opus Dei es una de sus más palpitantes cristalizaciones.

En el momento cero de la Historia —todavía en el paraíso, *la ciudad de Dios*— el hombre es invitado a trabajar —*ut operaretur*<sup>70</sup>—, a cuidar del universo ¡como señor de *la ciudad de Dios*! El final de la Historia será el retorno al paraíso *in novissimo die*<sup>71</sup>. En la curva de ese arco, la Historia humana es un *mientras* laborioso —*negotiamini dum venio*<sup>72</sup>—, un compás de espera ocupacional en el exilio de *la ciudad de los hombres*.

Y bien, el Opus Dei propone al hombre que, amando al mundo apasionadamente como obra de Dios que es, descubra el *quid divinum* de la cotidianidad, santifique los trabajos y los días, ‘negocie’ al alza sus valores, y codo a codo con sus coterráneos edifique la ciudad de Dios ‘en’ la ciudad de los hombres. Es decir: que, sin abdicar de su ciudadanía mundanal, protagonice el trazado de la Historia, y construya el mundo según el diseño de Dios hasta devolvérselo bueno, como de sus manos salió.

<sup>70</sup> ‘Para que cultivara y guardara el Edén’: Gn, 2, 15.

<sup>71</sup> ‘Yo lo resucitaré en el último día’: Jn, 6, 40.

<sup>72</sup> ‘Negociad mientras vuelvo’: Lc, 19, 13.